JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

EL ESTILO

Las palabras tienen su historia, que suele ser, a la vez, lógica y sorprendente. Alguna vez me gustaría escribir una sección titulada Etimologías, para contar las estupendas historias guardadas en el lenguaje. Al aprender un vocablo asimilamos también su árbol genealógico, cuyas huellas genéticas permanecen activas, aunque ocultas. Un ejemplo: la palabra *soberanía*, que designa ahora la autonomía de una nación, procede de *soberano*, es decir, monarca. En el siglo XVI, Jean Bodin la utilizó para defender el poder absoluto de los reyes. Cuando esa palabra se desvincula de la realeza, y se vincula a la nación, la soberanía hereda el gen absolutista que está en su origen, y acepta para la nación lo que le parecía inaceptable para el monarca: el poder absoluto. Pero no estamos hablando de política, sino de estilo. Esta palabra deriva del griego stylos, que significaba columna. Por eso, a los ascetas que vivían, como san Simón, en lo alto de una columna, los llamaban estilitas. Al transferirse al latín, se empequeñeció, y pasó a significar un punzón, como el que se utilizaba para escribir sobre las tablillas de cera o arcilla. A partir de ese momento, su suerte estuvo ligada a la escritura. Designó la grafía, el modo de letra, la buena letra, la caligrafía.

Raúl

El impulso expansivo que tienen las palabras, sobre todo por su utilización metafórica, hizo que el estilo se entendiera como la distinción que define a un escritor. Estilista era el que dominaba el arte de la forma, y estilizada era la forma en estado puro, sin añadidos. En el siglo XIII, en Francia se aplicó a una forma elegante de vivir. Esta palabra tiene también una bella etimología. Elegante es el que elige bien. Ahora, que estamos soportando un encanallamiento de las formas, me atrevo a reivindicar el buen estilo, la distinción y la elegancia en el modo de vivir y de convivir. No todo vale igual. Hay formas expresivas y formas toscas de comunicarse. Maneras rutinarias, groseras, de hablar, o maneras ingeniosas, brillantes, educadas o poéticas de hacerlo. Todos –aunque no seamos escritores– nos vemos obligados a ser autores de una biografía, la propia, y se puede escribir con buen o mal estilo. Este es el punto en el que estética y ética se identifican. La ética se convierte en una estética de la acción, en un esfuerzo por salir de la mediocridad o de la pereza. El mal es la total monotonía. Cualquier imbécil puede haberlo. El bien es la calidad, la creación, el impulso que vence la ley de la gravedad, por la que todo cae. En este momento, cuando sólo se habla de calidad al hablar de productos industriales –no olviden las técnicas de calidad total–, deberíamos recuperar ese término para las personas. Lo mismo sucede con la búsqueda de la excelencia. Durante siglos, la enseñanza religiosa tenía como idea nuclear que había que esforzarse cada día en ser mejor. En un mundo laico y psicologizado, esta meta ha sido sustituida por el afán de realizarse, que lo mismo vale para un roto que para un descosido, y que puede amparar toda suerte de narcisismos empantanados. En fin, esto es lo que ha dado de sí la meditación sobre el estilo que les prometí la semana pasada. ■

REIVINDICO EL BUEN ESTILO, LA DISTINCIÓN Y LA ELEGANCIA EN EL MODO DE VIVIR Y EN EL DE CONVIVIR